LA CALTA.

SEMANARIO SATÍRICO-JOCOSO DE LITERATURA.

En Valencia 3 rs. al mes. NÚM. 20.—DOMINGO 12 DE AGOSTO DE 1849. *En provincias 4 rs. al mes.*

¡UNA CONSPIRACION!

(Continuacion.)

Don Bonifacio! dijo así que le vió, echándose en sus brazos.

—¡Amigo mio! contestó el saludado.... ¡Usté por mi casa! ¡cuánto lo celebro!...

—¡Oh! sí, señor, replicó el recien llegado: un negocio de suma importancia me conduce á ella.

—¡De veras! hable V., hable V., Don Agapito. Y como éste demostrábale, por medio de una significativa ojeada, la inoportuna presencia de sus amigos, despidiólos cortesmente D. Bonifacio, y penetrando de nuevo con D. Agapito en su habitacion, le dijo con ansiedad:

—¿Pero, qué es lo que á V. se le ofrece que llega V. tan sofocado?

—D. Bonifacio, ¿es V. mi amigo?

—¿Y V. me lo pregunta? contestó como incomodado el que le dudase de su amistad. Lo soy, sí, señor, lo soy.

—Pues bien, necesito pruebas.

—¡Pruebas! esclamó admirado el dueño de la casa. ¿Y qué pruebas pide V.?

—¡Pruebas! dijo el otro paseando ligeramente por la sala y dejando un lio de ropa sobre una silla.

—Pero.... ¡D. Agapito! yo no comprendo á V. ¡Hábleme V. claro, claro! Sepa en qué puedo obsequiarle.

—Pues bien, de eso se trata. Necesito que V. me preste esta noche su habitacion.

—¡Sopla! ¿Va V. á dejarme en la calle?

—¡Qué locura! nada de eso; pero necesito cinco ó seis horas su habitacion.

—¿Cinco ó seis horas nada mas? dijo á manera de epigrama.

—¡Sí, señor! contestó seriamente Don Agapito, exagerando la precision de su consentimiento. ¡Usté intenta hacerme perder el juicio! ¡Usté quiere matarme!.... ¡Usté me mata!!

—¿Quién? ¡yo! contestó mas blandamente D. Bonifacio; si deseo lo contrario: que V. viva mil años.

—Pues bien, acceda V. á mi pretension. ¡Es un compromiso! ¡Es V. tan bueno! Vamos, otórgueme V. esta gracia y V. mande. Y esto, el intrépido jóven lo decia pasando dulcemente la mano por los hombros de su amigo.

—Pero... oigame V., diablo, oigame V.

Si V. habla solamente, nunca dirá mi contestacion.

—¡Ah! querido, ¿con qué V. accede?

—No, señor, no puedo. La tengo ya prestada: me es imposible disponer de ella; van á vestirse aquí unos jóvenes que dan una funcion y habrá disparos; habrá mil cosas: en fin, no puedo, no puedo.

—D. Bonifacio, es indispensable que V. los eche á la calle.

—¡Justo! ¿le parece á V. eso fino? Echar á la calle á unos jóvenes que con tanta moderacion y cortesía han solicitado.... vaya, eso es impropio de mi carácter. ¡D. Agapito! pídame V. todo lo quiera, todo, pero no exija V. de mí que cometa una imprudencia.

—D. Bonifacio, V. no es mi amigo, V. no me da pruebas, V. quiere desesperarme.... y V., á quien he acompañado diferentes veces á paseo.

—Bien, hombre, bien. Pero.... ¿conoce V. mi posicion?

—¿Y la mia? ¿Si yo á V. le dijera que esta noche, aquí á esta habitacion, ha de llegar una señora á quien he citado y que me espera solo, qué diria V.? Digo, y una señora respetable, una señora á quien no puedo menos de cumplir lo que he ofrecido.

—Pero, señor, ¿quién le manda á V. ofrecer lo que no es suyo á ninguna señora? Yo no le hubiese ofrecido á esa señora mas que quellas cosas de que hubiese podido disponer.

—¡D. Bonifacio! el hombre propone....

—¡Justo! y el dueño dispone. Usté ha hecho muy mal, D. Agapito.

—¡Yo creí que V. condescenderia con amabilidad!

—Pues hijo, ha creido V. muy mal: á mí me gusta hacer un obsequio, sí, señor, pero un obsequio de esa clase, teniendo á mayor abundamiento ofrecido el cuarto.....

—Acuérdese V. que hemos salido á pasear juntos.

—Es cierto, y yo aprecio mucho á V., pero conozco al propio tiempo que se ha tomado una libertad que traspasa los límites de la prudencia: ¡pues hombre! ¿parécele á V. bien citar á una señora á una habitacion sin conocimiento de su dueño, porque á V. se le ha antojado? ¡Es decir, que V. dispone de lo que no le pertenece, con la misma franqueza que si fuera suyo, y aun, segun V. demuestra, debo despedir para obsequiar á V. á todo bicho viviente que se presente en mi casa!.... ¡pues hombre no pide V. nada! ¡friolera! ¿Milagro que no se le antoja á V. solicitar que me embarque para la América, mientras á V. le dé la gana de permanecer eu mi casa citando á todo el mundo!

(Se continuará.

DESENGAÑS.

Siñoretes fines
De talle chentil,
Si pasió no os sega
Per favor ouid:
Cantaré al sò dols
Del meu violí.
Ya haureu, mes hermoses,
Mil vòltes ouit
Qu'el hòme mes mal
Predica al morir.
Asó no es patraña,
Y yo ho dic per mí,
Pues me desengañe
En engañs dos mil,
En grans trapisondes,
En amarc patir.
Ya, siñores meues,
Sen pasá el Abril
En que anaba tèndre
Com atre Amadís:
Ya pasá aquell temps
Que solia dormir
Guardant un cantó
Fet un alguasil;
Chuaba á primera;
Y aixi que sabí
Lo qu'eren les dònes
Tocaba á fuchir....
Demanaben sempre,
Yo nesio de mí
Solia en vosatros
La capa partir.
¡Cuántes nits y cuantes,
Infelis de mí,
Deixaba ma casa,
Perdia el dormir,
Rondant el carrer
Del meu serafí.
Tocaba á la pòrta,

N'om volia obrir,
Tenintla ella ubèrta
Pera atres sent mil.
Al cap ya cansat
De tant de sufrir,
La meua seguera,
Mon mal coneguí.
Logrí en la borrasca
A bon port eixir,
Salvant *part* del cárrec
Y el meu bergantí....
Yo ya no cullc flors
Com atres Abrils
Ni em lleven furiosos
Els sèls el dormir.
Ya no vach mirant
Aquells serafins
De cares grasioses
De ròsa y chesmil,
Que mirantles á elles
Dos mil bacs caiguí....
Sinse sèls ni penes
No pèrc el dormir;
Menche en molt sosiego
Y me fa profit.
Ningú em reconvé
Si faltí una nit,
Si tarde ó vach pronte,
Si no puc cumplir
Paraula que done....
Crec el millor mich
De viure tranquilo
Sosegat, felis,
Deixar les locures
Que hasta ara seguí.

Enrique.

¡ERA UNA LLAVE!!!!

En la música de una de las últimas noches se hallaba un jóven vestido segun el figurin que VV. ya recordarán; es decir: saquito color claro, sombrero de paja, etc. etc. Dos ó tres jovencitos, al momento que le vieron, se acercan á él por detrás, y le dan palmaditas en las espaldas, confundiéndole sin duda con otro amigo y compañero suyo que llevaba igual trage. El interpelado se vuelve hácia los que le llamaban, mas no conociendo á nadie, creyó habria sido una equivocacion, y no hizo caso.

A poco rato vuelven los niños á repetir los golpecitos. Ya basta para broma, dice para sus adentros nuestro jóven: voy á hacerles un poco de miedo sino no me dejarán en paz. Arrójales una mirada amenazadora, mete la mano en el bolsillo, hace estraños visages como buscando alguna arma, y.... sácala por fin, y enristrándola furioso acomete á aquellos títeres, que al ver la accion creyeron ya sus hígados por el suelo.... En su turbacion no observaron los pobrecitos que el arma que tanto miedo les causaba era.... *¡una llave!!!!*

Demudados y tartamudeando le pidieron mil perdones manifestándole que se habian equivocado. Satisfecho con esta esplicacion vuelve el arma á su lugar sin decir una palabra, y los azorados *niños* se escabullen con disimulo entre la multitud, y echan á correr hácia sus casas, volviéndose de contínuo temerosos de que los persiguieran....

Al dia siguiente fueron á encontrarse con su amigo, y le refirieron su aventura.

—¡Ay, querido! ¡anoche casi nos perdimos! ¡un lance!

—¡Como, un lance, vosotros!

—Sí, ahora verás. Habia en la música un jóven tan parecido á tí que no titubeamos en gastarle una chanza; pero él se vuelve furioso, echa mano á una terrible navaja mas larga que este *baston*, y nos emprendió á navajazos.... Gracias á las personas que intervinieron sino.... nos comprometemos.

—¡Qué barbaridad! Siempre sereis niños.

—¡Qué susto! ¡Dios mio! pero al mismo tiempo valientes.

—¿No os habeis sangrado?

—No: ¿qué hay peligro?

—Ya lo creo.

—Habia para haberse muerto del susto.

—El caso no era para menos.

—Otra vez seremos mas cautos.

—Sí, sí, amiguitos, no comprometerse; y en lance apurado *¡piernas os valgan!*

Enrique.

Á LOS AFICIONADOS.

Entre cien penalidades
Mil afanes y sudores
Se ha logrado al fin, señores,
Venciendo dificultades,
Que haya corrida de toros.
No ha de ser como se quiera,
Pues lucida ver se espera
Por vida de cien mil moros.
Todo está cual se desea
Listo y á pedir de boca,
Cuanto á cada cosa toca
Para empezar la pelea.
Si observamos la cuadrilla
Figura como primero
El airoso *Chiclanero*,
Que en todas las suertes brilla.
Los bichos son lo mejor....
Ligeros como la paja,
De aquellos de rompe y raja
Fuertes, de brio y valor.
Los caballos, no hay que hablar
(Aquí no se vá con trampas)
Son las mejores estampas
Para ir..... á aquel lugar.
No es necesario mas diga;
La corrida de este año
Valdrá mas que la de antaño:
Con que adelante.... prosiga.
Espero que pasareis
La tarde feliz y grata
Si aflojais del bolso plata:
Pero me contestaréis
Que es fastidioso y pesado
Ir sudando y sin aliento,
Cansarse, no hallar asiento,
Y quedar encajonado
Entre un niño y una vieja.
Llora el chico por su vida,
Tambien sobre uno dormida
Caer ella al fin se deja.
Demás que tiene un bemol
Encontrarse en el tendido
Abrasado, derretido
Por los ardores del sol.
Pero á trueque de este mal,
Dentro de poco se advierte
Que la grada se convierte
En soberbia bacanal.
Es momento de soláz
Do se pasan dulces horas,
Risueñas, encantadoras,
De alegría y gozo asaz.
Donde el jamon y salchicha
Vese, y la llena bo.....tella,
Que ella alumbra y no destella
Y el mortal toca la dicha.
Y alegrillos.... ¡cosa atróz!
Dan tales voces y gritos,
Descomunales, malditos,
Que miles quedan sin voz.
Nadie hay los ponga á raya,
Claman; maulon, chapuceros;
Todos son diestros toreros
Sentados desde la naya.
En la báquica alegría,
Que sus consecuencias callo,
El picador y caballo
Veis luchar con bizarría.
Ánimo, pues, compañeros,
Con doce ú ocho de vellon,
Se deja ver la funcion;
Con que de rogar no haceros.
Si salen malos los toros
Aseguro por quien soy
He de clamar ¡San Eloy!
Hasta que callen los loros.

Lagartija.

EL PEIX GROS SE MENCHA EL MENUT.

D. Vicente. ¿Qué hay de nuevo, Miguel?

Quelo..... Qué ha de haber, D. Visiente, lo de sempre; pero pa que el diable n'os riga, lo que hia es, que adés, ans de vindre así per lo fem, m'han cridat en una casa: mentres he puchat, no sé lo que ha susuit en lo carrer, lo qu'es sèrt que un aguasil me s'enportaba l'aca del ramal. Yo arranque á correr, li pregunte per qué s'enduia l'aca, y me contesta qu'el seguira capa casa del *siñor*. Se travarem de raons, acudí chent.... Per fí, s'arreglá..... sino, haguera vist al *siñor* per primera vòlta.

D. Vicente. Siempre estais de trapisondas.

Quelo..... Y sinse buscarles, que es lo mes grasiós.

D. Vicente. ¿Y de agua qué hay? Me han dicho que os permiten regar algunos dias.

Quelo..... Sí, siñor: el riu tandecha, es veritat, pero com el *peix gròs sempre se mencha el menut*, el favor ques consedix al pòbre *sempre* ve á resultar *cero*.

D. Vicente. ¿Por qué dices eso? ¿No se reparte el agua por igual á todos?

Quelo..... Així ho diuen, pero no ho crega. Mire vosté, l'atra tanda posaren l'aigua á micha fanecá: un suchecte algo *gròs*, feu les paraes, y regá sèt cafisaes, ó lo qu'es lo mateix, 42 fanecaes, ó lo qu'es lo mateix, 84 miches fanecaes.... Es dir, qu'el tal regá ell asòles tant com 84 de mosatros, ó lo qu'es lo mateix, 83 se

quedarem sinse regar, ó lo qu'es lo mateix, sinse un grá de dacsa, sinse un fesòl, sinse un meló, sinse.... res. El tal *gròs* collirá de tot, y com se vendrá bé, perque no cullirèm mosatros, ell se fará ric, y mosatros dichunarem. Mire si tinc raó en dir que el pòbre sempre cau baix.

D. VICENTE. Pero, hombre, ¿por qué ha de regar él tanto como 84 de vosotros?

QUELO..... Por la raon de que el *que té fòrsa alsa pes.* Y el *fort atropella* al *dèbil.*

D. VICENTE. Bueno; pero eso es un abuso, y los abusos no se deben tolerar.

QUELO..... ¿Y qué podem fer mosatros?

D. VICENTE. Dar cuenta.

QUELO..... ¿A quí?

D. VICENTE. A la autoridad.

QUELO..... ¿Dar cuenta, hé? Eixó no es fásil, D. Visiente, perque ningú vòl *posarli el cascabell al gat.* Tots tenen pòr, sí, siñor. Yo per mí no ho faré, li ho asegure. Que al cap, al cap, mes val tòrt que sego.

D. VICENTE. ¡Pobres! los compadezco.

Enrique.

EL CIEGO.

Eran las seis de la tarde
De un dia que no me acuerdo,
Y á ponerse principió
Muy nubladísimo el cielo.
De vez en cuando el relámpago
Y el sordo rumor del trueno,
Anunciaban una noche
Cruelísima en estremo.
Yo, que á todas estas cosas
He tenido siempre miedo,
Hice cuenta de cenar
Y acostarme lo mas presto.
Efectivamente, ya
Me disponia así á hacerlo,
Cuando á mi puerta llegó
Un hombre que dijo recio:
— Hermano, por caridad
Ampare *usté* á un pobre ciego
Que va á morir si esta noche
Queda á la inclemencia espuesto.
—¡Perdone V., infeliz!
Díjele con sentimiento,
Ya lo favoreceré
En otra ocasion si puedo.
—¡Ay hermano! ¡compasion!
Contemple V. que no veo
Y me espongo á mil peligros
Si V. desoye mi ruego.
Tanto de aquel desgraciado
Me afectó el humilde acento,
Y á tal piedad me movió
El que se encontrara ciego,
Que le dije: «Hermano, voy
A abrirle á V. al momento
Y perdone V. si antes
Cual debiera, no lo he hecho.
Abrí, y un hombre vestido
Con particular aseo,
De unos treinta y cuatro años,
Alto, de cabello negro
Y de nariz prolongada,
Se introdujo en mi aposento.

— Muy buenas noches, me dijo.
—¡Buenas las hagan los cielos!
No sé qué cosa encontré
En aquel buen hombre al verlo,
Y no sé qué me anunció
Tan original aspecto,
Que sentí haberle ofrecido
Hospitalidad. Mas luego,
Reconociéndome yo
Por tal arrepentimiento,
Quise mostrarme piadoso
Como protector y dueño.
—¿Ha cenado V.? le dije.
No, contestóme al momento.
—Pues vamos, ahora los dos
De la mia cenaremos.
—Gracias, apreciable hombre.
—Hago solo lo que debo.
Mientras que yo preparaba
Para mí y dicho sugeto
Una cena regular,
Como ofrecí antes hacerlo,
Ví que él mismo se acercaba
Con seguridad al fuego
Y de las manos las palmas
Calentábase con tiento.

En sus ojos, siempre fijos,
Nada encontraba de nuevo
Mas que la inmensa desgracia
Que lleva consigo un ciego.
—¿Y hace ya mucho que V.
No puede ver?
—Mucho tiempo.
Desde el dia que nací
En este estado me encuentro.
—¡Infelice! ¡haber vivido
Con un sentido de menos!
—¡Ahí verá V. los trabajos
Que habré pasado!
—Lo creo.
¡Yo le compadezco á usted!
—¡Digno soy, hermano, de ello!
—¿Y *usté* ha aprendido á tocar,
Hermano, algun instrumento?
Porque eso es ya de ordenanza
En VV., segun creo.
—Sí, señor..... y toco bien.
—¡De veras!
—Nada hay mas cierto.
El *gusto* con que yo toco
Tocan poquísimos ciegos.
—¡Sopla! Despues de cenar
Puede V. tocarme.....
—Siento
No poder darle á V. gusto.
Dispénseme V.
—¿Y eso?
—Porque despues de cenar
Se acostumbra allá en mi pueblo
A acostarse.... y á dormir:
Aquí debe ser lo mesmo.
—Lo mismito; pero aquí,
Si despues no tocan, creo
Que se puede tocar antes,
Que es casi igual, mas ó menos.
—Sí, señor, pero es el caso
Que yo si apetito tengo,
Regularmente no toco
Casi nunca hasta que ceno.
—Esta *directa*, *indirecta*
Ofendió tanto mi celo,
Que incomodado no quise
Dar alas á mi deseo,
Y principiamos la cena
Tan callados como muertos.
Pero ¿qué me sucedió
Con el tal? ¡Ira del cielo!
Con la pausa acostumbrada
Ibamos los dos comiendo,
Y ó fuese casualidad,
O fuese gusto directo,
Los mejorcitos pedazos
Venia á coger el ciego;
Mientras que yo me quedaba
Platos y dedos lamiendo.
Se me llevaba el diablo
Al pensar que yo era dueño
Y que comia lo que á otro
Le causaba mas desprecio.
—¿Con qué está V. ciego, amigo?
—Sí, señor.
—Pues no lo entiendo,
Decía yo para mí
No del todo satisfecho.
—A la legua se conoce
Que yo de vista carezco.
—A la legua.... puede.... puede.
Mas con grande placer veo
Que come V. con limpieza;
Es decir, con mucho aseo:
Comiendo nadie diria
Que V. tiene ese defecto;
Porque come V. ¡de veras!
Con tal tino, tal acierto,
Que los que tenemos vista
Nos asombramos de verlo.
—¿Sí? pues mire V., jamás
Habia caido en ello.
Concluimos de cenar
Y le dije al forastero:
En ese cuarto hay dos camas
Preparadas al intento;
Entre V. y acuéstese
En una de ellas, buen ciego.
Entró, y el pícaro huésped
Acomodado en estremo,
Por *casualidad* tambien
Tendióse en el mejor lecho,
Dejándole al *dueño* el otro
Que habia en el duro suelo.
Por prudencia no le eché
Puertas afuera al momento:
Callé; pero incomodado,
Quise decirle de nuevo:
—Muy corto es V. de vista.
—¿Por qué me dice V. eso?
—Porque..... por casualidad,
Sin pensar V. en ello,
Se dejó la mejor cama.
—Justo es que la tenga el dueño.
Yo estoy bien en todas partes.
Sí, señor, sí, bien me encuentro.
Me dormí, y al otro dia
Al dispertar soñoliento,
Miré, y no ví ya en la cama
Al referido sugeto.
Me levanté, salí fuera,
Y en la mesa, segun creo,
Se hallaba escrito un papel
Concebido en estos términos:
«Amigo mio: He pasado
La noche con gran sosiego;
Nunca podré á V. pagar
Un tan distinguido obsequio:
Abra V. los ojos mas,
Porque hay en el dia ciegos,
Como yo, que mas que V.
Tienen los ojos abiertos:
¡Salud! ya vendré otro dia
Y traeré el instrumento
Para tocarle á V..... *algo*.

Que V. se mantenga bueno."
Es imposible esplicar
Lo que duró este recuerdo
Y lo que me enfurecí
Con la pasada del ciego.
El hombre fue al menos franco,
Y no debe asombrar eso,
Porque puede que lo hiciera
Porque se usaba en su pueblo.

El Sacristan.

UNA NOCHE EN EL CABAÑAL.

Hed aquí, amabilísimos lectores, un epígrafe para un artículo que escrito por otra pluma os proporcionaría un rato de agradable entretenimiento.

¡Una noche en el Cabañal! No sé que diablos tiene esta cláusula, que al escribirla son tan dulces las sensaciones que esperimento, que no me es dado espresarlas. ¡Cabañal!!!! voz mágica que hace sonreir dulcemente á nuestras bellas del Túria: palabra encantadora que llena de ardoroso entusiasmo á nuestros jóvenes petimetres, yo te saludo. El recuerdo de la noche que he disfrutado en tí, no se apartará jamás de mi corazon.

Perdona, lector benévolo, la digresion del exordio, pues ella es la espresion franca, el justo y merecido tributo que únicamente puede rendir mi agradecido pecho á los inefables goces que me proporcionó la otra noche el Cabañal. Ahora, si te place, entraremos de lleno en la materia.

La tarde del 6 del corriente, me dirigia acompañado de dos amigos hacia la puerta del mar, con ánimo de embarcarnos en un vehículo, vulgo tartana, de las innumerables que allí se hallan estacionadas, esperando encontrar pasageros que conducir á la villa nueva del Grao.

Durante el tránsito desde nuestro domicilio á la puerta, la conversacion recayó sobre la inocencia de uno de mis compañeros, que candorosamente habia aflojado algunas tardes antes la exorbitante suma de 7 reales por hacer el mismo viage. Las pullas irónicas que con este motivo en clase de amistad le espetábamos, Dios sabe hasta cuándo se hubieran prolongado, si no nos hubiésemos vistos repentinamente asaltados por un prógimo, que semejante á los que en otro tiempo se aparecian en la famosa garganta de Clevillente demandando á los infelices viandantes la bolsa ó la vida, así nos atacó, preguntándonos con voz estentórea: —¿Van ustedes al Grao?—Sí, señor, contestamos nosotros.—En ese caso ahí tengo un carrito: en el cual, si VV. me favorecen, irán mas rápidos que en un globo aereostático.—No me desagradó la comparacion, por lo que en el acto le pregunté el precio.—¿Son VV solos?—Sí, señor.—De ese modo me darán cinco reales.—¡Cinco reales!!!! esclamamos los tres á coro. Acreedores nos haciamos, continué yo, á que nos apalearan cinco años consecutivos si tal hiciéramos. Y como si temiésemos el que se nos olvidase la cantidad, repetimos:—¡Cinco reales!!!!—No hay por qué asustarse, señores, dijo entonces el tartanero, que miraba estupefacto lo mucho que nos habia afectado su concienzuda proposicion: ¿cuánto dan VV.?—Nada, nada; ¡si ha pedido V. para que no se le ofrezca!—Eso no: VV. son dueños de ofrecerme un ochavo, así como yo lo soy de pedirles un millon, sin que por esto nos debamos incomodar ninguno; con qué así, vean lo que me dan, y si me acomoda al instante echamos á andar.—¿Quiere V. tres reales?—Muy poco es; mas para que vean ustedes que trato de servirles y hacerlos parroquianos, vamos allá, seguros de que no les pesará á VV.

Echamos á andar, y despues de atravesar la Glorieta; no sin algun trabajo, y repitiendo constantemente al sin número de tartaneros que allí se encuentran, pegándose á las personas que tienen la desgracia de atravesar aquel punto, lo mismo que el alano á las orejas del toro, ó que la ostra á la piedra, llegamos al carro. Subimos á él, y arreando al rocinante, empezamos á trotar.

Sin ningun accidente que merezca narrarse, esceptuándose la incomodidad que es consiguiente al desagradable movimiento de estos carruages, llegamos al Grao, debiendo manifestar, en honor de nuestro conductor, que escasamente invertimos 15 minutos en la travesía.

En el momento en que apeamos, nos dirigimos á la calle del Cármen en busca de la barraca donde habiamos de pernoctar. En efecto, al poco tiempo llegamos á ella, tropezando en la puerta con la respetable Caracola (1), que sentada en una silla nos esperaba.

Si fuese amante de las pesadas digresiones, haría una descripcion exacta de la vivienda y su dueña; pero convencido de que esto solo sirve para cansar al lector, dístrayéndole del objeto principal, me contentaré con manifestar que la cabaña es bastante reducida é incómoda, y el ama bastante fea é incivilizada.

Nuestro primer cuidado, fue dar las disposiciones convenientes para prepararnos la cena, encargando nos tragesen pescado, que por cierto nos costó bien caro, y su correspondiente pan. Hecho ésto, resolvimos salir á inspeccionar el terreno, y á proveernos de postres, con cuyo objeto nos encaminamos á la *Font de Gas.*

.....

Las negras sombras de la noche empezaban á cubrir el cielo. Entonces distinguimos á algu-

(1) Nombre de la muger que la habita.

nos jóvenes que abusando de la independencia que se goza en estos parages, y favorecidos por la hora, iban tan sumamente aligerados de ropa, que se asemejaban con bastante exactitud al estado de nuestro Padre Adan en el Paraiso.

Nosotros reprobamos esta práctica, que creemos indecorosa y repugnante á las personas que van á disfrutar las delicias que ofrece aquel lugar en la presente estacion, y que hiere, no lo dudamos, el pundonor de nuestras jóvenes y bellas paisanas.

En la *Font* tambien tuvimos ocasion de observar algunas costumbres *muy patriarcales.* Varios señoritos que en Valencia se hubiesen desdeñado provar un dulce publicamente, se atracaban, sin ningun comedimiento, de bresquillas y melones, haciéndolo con tal esceso y tan poca urbanidad, que ni el patan mas incivil, se hubiera embadurnado el rostro con el zumo de las frutas del modo que ellos lo hacian.

(Se concluirá.)

EPIGRAMA.

En hacer niños de yeso
Don Andrés se entretenia,
Y Eduardo le dijo un dia:
Tira esos niños, camueso;
Que yo sin ser escultor
Y con menos materiales,
Me jugaria diez reales
Que los hacia mejor.

J. Dominguez.

REVISTA.

Colocacion. Un amigo nuestro que se ha dejado hace poco tiempo la barba por primera vez, viendo la espesura é incremento que va tomando, ha pensado colocar en el centro de ella un guarda-bosque, con el objeto de perseguir los cazadores furtivos. Espende licencias de cazar por una módica retribucion, y piensa proporcionar tiradas públicas, en las que no será permitida la caza mayor. Los que soliciten, bien dicha plaza, bien licencias, podrán dirigirse á la calle del Orgullo, núm. 1000, undécimo piso, donde está de manifiesto el pliego de condiciones.

Al buen entendedor. Advertimos á una señorita (que aunque no es suscritora lee la *Gaita* todos los domingos) que no se ria, ni haga mofa cuando vea alguna semejante suya en berlina; pues si repasa y lee con detencion nuestras gacetillas anteriores, le aseguramos, verá algo para ella, y que no siendo la que menos llama nuestra atencion, la colocamos en turno, y creemos que pronto le llegará.

Una buena ganga. Una jóven bonita busca acomodo; además de la hermosura que la caracteriza, reune la cualidad de saber dormir y comer perfectísimamente: sabe componerse con gusto y elegancia. En cuanto á las faenas propias del sexo bello las ignora todas; pero eso no importa, con tal que sepa tocarse con esmero y presentarse con gracia en el paseo, sabe lo suficiente; la muger nada mas necesita. Con que ánimo, jóvenes, á coger el pájaro, que se escapa. Vive calle del Abandono, esquina á la de Sendos-palos.

Un compromiso. La jóven A. tiene tres amantes, á quienes ama con delirio, pues reunen prendas recomendables. Los padres de ésta, aunque la tienen muy mimada, se han visto en la precision de obligarla á que elija uno de los tres pretendientes para esposo; pero la buena señorita, ya se vé, ha burlado el intento de sus padres.... Como los ama tanto á todos los tres, no ha querido adherirse á la demanda propuesta. En tan crítica alternativa, se han visto obligados los consabidos papá y mamá de la enamorada, en union con los demás parientes, á terminar tan peliagudo negocio, y al efecto, á hora que entra en prensa este número, quedan en sesion secreta para sanjar un asunto tan singular y tan raro. En la otra Revista daremos noticia circunstanciada á nuestros lectores del resultado de la asamblea improvisada.

Advertencia. Deseamos que la vieja verde J. y sus dos flamantes hijas, no consuman tanto bermellon, pues los pintores están que trinan porque dicho color ha subido un ciento por ciento.

¡Qué capricho! Suplicamos á la elegante que le competa, que nos diga por qué lleva en changlas el zapato en el pie derecho, constándonos que ninguna dolencia ni hinchazon le impida calzarse el zapato ni éste le ajusta tanto que á ello la obligue. ¿Será que ha llegado así el último figurin de París?

VALENCIA:
Imprenta de D. Benito Monfort,
plaza del Temple, núm. 5.